

— ¡ Él !... Aunque yo se lo dijese, no me querría creer, respondía Oliva.

Ocho días hicieron de esas escapatorias nocturnas un hábito, una necesidad, y más particularmente un placer. Al cabo de los ocho días, el nombre de Juana se hallaba en los labios de Oliva mucho más á menudo que se había hallado el de Gilberto ó el de Beausire.

### CAPÍTULO XIII.

#### LA CITA.

Apenas M. de Charny había llegado á sus posesiones y se había encerrado en su casa después de las primeras visitas, cuando le ordenó el médico que no recibiese á nadie ni saliese de su cuarto, consigna que fué observada con tal rigor, que ningún habitante de la comarca volvió á percibir al héroe de aquel combate naval que tanto ruido había hecho en toda la Francia, y á quien todas las jóvenes trataban de ver, porque era valiente, y se decía que era hermoso.

Sin embargo, Charny no estaba tan enfermo de cuerpo como se pretendía, sólo tenía mal de corazón y dolor de cabeza ; pero ¡ qué dolor, Dios mío ! un dolor agudo, incesante, implacable, el dolor de un recuerdo que le abrasaba, el dolor de un pesar que le martirizaba.

El amor no es más que una nostalgia : el ausente llora un paraíso ideal en vez de llorar una patria material, y aun

se puede admitir, por goloso que uno sea de poesía, que la mujer adorada es un paraíso algo más material que el de los ángeles.

M. de Charny no pudo resistir tres días. Furioso de ver todos sus sueños desflorados por la imposibilidad, borrados por el espacio, hizo circular por toda la comarca la receta del médico que hemos dicho; luego, confiando la guardia de sus puertas á un criado de entera confianza, salió por la noche de su residencia montado en un caballo muy manso y muy corredor. Al cabo de ocho horas estaba ya en Versalles alquilando una casita á espaldas del parque, por medio de su ayuda de cámara.

Aquella casa, abandonada desde la muerte trágica de un gentilhomme montero mayor que se había suicidado, convenía admirablemente á Charny, que quería más ocultarse allí que en sus posesiones.

Estaba amueblada decentemente, tenía dos puertas, una que daba sobre un camino desierto, y la otra sobre la alameda de la rotonda del parque, y desde los balcones de mediodía podía Charny saltar á las calles de las Olmedillas, porque los balcones, cuyos postigos estaban rodeados de viñas y hiedra, no eran más que unas puertas á la altura de un piso llano algo elevado, para cualquiera que quisiera saltar dentro del parque real.

Esa vecindad, ya muy rara entonces, era el privilegio concedido á un montero mayor, para que pudiese sin incomodarse vigilar los gamos y los faisanes de S. M.

Con sólo ver aquellos balcones alegremente encajonados en la lozana verdura, se representaba uno al montero melancólico puesto de codos, en una tarde de otoño, sobre el balcón del medio, mientras que las cervatillas, haciendo

resonar con sus endebles piernas las hojas secas, juguetaban en el interior de los cobertizos bajo los pardos rayos del sol poniente.

Aquella soledad agradó á Charny más que todas las otras. ¿Era por pasión al paisaje? Lo veremos muy luego.

Una vez que se vió instalado, que todo se cerró cuidadosamente y que su criado apagó las curiosidades respetuosas de la vecindad, Charny, olvidado como él olvidaba, principió una vida cuya sola idea hará estremecer á cualquiera que en su paso sobre la tierra haya amado ú oído hablar de amor.

En menos de ocho días conoció todos los hábitos de palacio y de los guardias, conoció las horas en que el ave iba á beber en los estanques, y en las que pasaba el gamo alargando su cabeza espantada; supo los momentos del silencio, los de los paseos de la reina ó de sus damas, el instante de las rondas; en una palabra, vivió desde lejos con los que vivían en Trianón, templo de sus insensatas adoraciones.

Como la estación era bella, y las noches dulces y perfumadas daban más libertad á sus ojos y más vagos éxtasis á su alma, pasaba una parte de ellas bajo los jazmines de su balcón espiando el ruido lejano que llegaba de palacio, y siguiendo por entre el ramaje el juego de las luces puestas en movimiento hacia la hora de acostarse.

Pronto halló que el balcón no le bastaba, pues estaba demasiado lejos de aquel ruido y aquellas luces. De consiguiente saltó sobre el césped, muy seguro de no encontrar en aquella hora perros ni guardias, y buscó el delicioso y arriesgado deleite de ir hasta la falda del tallar, sobre la linde que separaba la densa sombra de la espléndida claridad de la luna, para interrogar desde allí aquellas siluetas

que pasaban negras y pánidas por detrás de las cortinas blancas de la reina.

De ese modo, la vela todos los días sin que ella lo supiese.

Charny sabía reconocer á la reina á un cuarto de legua, cuando, marchando con sus damas ó con algún gentilhombre de sus amigos, jugueteaba con la sombrilla china que guarecía su ancho sombrero guarnecido de flores.

Ningún otro modo de andar, ninguna otra actitud podía hacerle equivocarse. Sabía de memoria todos los trajes de la reina, y adivinaba, en medio de las hojas, el vestido verde con franjas de un negro muaré, que ella hacía ondular con un movimiento de cuerpo enteramente seductor.

Y cuando la visión había desaparecido, cuando la noche alejando á los paseantes, le había permitido ir á atisbar hasta las estatuas del peristilo las últimas oscilaciones de aquella sombra amada, Charny volvía á su balcón, miraba desde lejos por un claro que él había sabido formar entre el arbolado y la luz que brillaba en los cristales del cuarto de la reina, y cuando desaparecía esa luz, vivía de recuerdo y esperanza, como acababa de vivir de vigilancia y admiración.

Una noche que había vuelto ya á su casa y había pasado dos horas dando el último adiós á la sombra ausente, cuando el rocío que caía de las estrellas principiaba á destilar las blancas perlas sobre las hojas de la hiedra, iba Charny á dejar su balcón y acostarse, cuando en esto percibió el ruido de una cerradura, volvió á su observatorio y escuchó atentamente.

La hora era avanzada, pues daban las doce en las pa-

roquias más distantes de Versalles, y Charny se admiró de oír un ruido á que no estaba acostumbrado.

Aquella cerradura rebelde era la de una puerta excusada del parque, situada como á unos veinticinco pasos de la casa de Olivier, y que jamás se abría sino en los días de gran cacería para dar paso á las canastas de las piezas matadas.

Charny observó que los que abrían aquella puerta no hablaban; que volvían á echar los cerrojos y entraban en la calle de árboles que pasaba por debajo de los balcones de su casa.

Los tallares y los pámpanos pendientes disimulaban bastante los postigos de los balcones y las paredes para que un pasante no los percibiese.

Además, aquellas personas caminaban con la cabeza baja y paso apresurado. Charny los distinguió confusamente en la obscuridad, sólo que por el ruido de sus vestidos flotantes reconoció que eran dos mujeres cuyas manteletas de seda crujían á lo largo de los enramados.

Esas mujeres, al dar vuelta á la gran calle de árboles entrente del balcón de Charny, tuerón inundadas por los rayos de la luna, y Olivier estuvo para dar un grito de alegría sorpresa al reconocer el talante y el tocado de María Antonieta, igualmente que la parte inferior de su cara iluminada á pesar del reflejo sombrío del ala del sombrero. Esa mujer llevaba en la mano una bella rosa.

Charny, con el corazón palpitante, se dejó deslizar al parque desde lo alto de su balcón, y corrió por encima de la yerba para no hacer ruido, ocultándose detrás de los árboles corpulentos, y siguiendo con la vista á las dos mujeres, cuyo paso iba aflojando á cada minuto,

¿ Qué debía hacer? La reina tenía una compañera y no corría ningún riesgo. ¡ Oh! ¿ por qué no estaba sola? y hubiera él arrojado la tortura por acercarse á ella y decirle de rodillas: ¡ Os amo! ¡ Oh! ¿ por qué no estaba amenazada de algún peligro inmenso? y ¡ por salvar aquella vida preciosa, habría él dado la suya!

Mientras pensaba en todo eso, extasiándose en mil locas ternuras, las dos paseantas se pararon de súbito, la más pequeña dijo algunas palabras en voz baja á su compañera y la dejó.

La reina se quedó sola, y se veía á la otra dama apresurar su marcha hacia un objeto que Charny no adivinaba aun. La reina, batiendo la arena con su piececito, se arrimó á un árbol y se envolvió en su capa, de manera que cubrió su cabeza con el capuchón que un momento antes ondeaba en anchos pliegues sedosos sobre sus hombros.

Cuando Charny la vió sola y tan pensativa, dió un brinco como para ir á echarse á sus pies.

Pero reflexionó que le separaban de ella á lo menos treinta pasos; que antes que hubiese salvado aquel espacio le vería, y, no reconociéndole, se asustaría; que gritaría ó huiría; que sus gritos atraerían primero á su compañera, y luego á algunos guardias; que registrarían el parque; que descubrirían su indiscreción cuando menos, ó quizás su retiro, y que quedaba perdido para siempre su secreto, su felicidad y su amor.

De consiguiente supo contenerse, é hizo bien, porque apenas había reprimido ese impulso irresistible, cuando apareció de nuevo la compañera de la reina, y no volvió sola.

Charny vió venir á dos pasos detrás de ella un hombre de buena talla sepultado bajo un ancho sombrero, y perdido bajo una vasta capa.

Aquel hombre, cuyo aspecto hizo temblar de odio y celos á Charny, no avanzaba como un triunfador, sino que, vacilante, arrastrando los pies con perplejidad, parecía marchar á tientas en la obscuridad de la noche, como si no tuviese por guía á la compañera de la reina, y por objeto á la misma reina, blanca y derecha bajo su árbol.

Desde que percibió á María Antonieta, se aumentó aun más aquel temblor que Charny había notado. El desconocido sacó su sombrero, y barrió la tierra por decirlo así. Seguía avanzando, y Charny le vió entrar en la espesura de la obscuridad, y saludar profundamente y repetidas veces.

Entretanto la sorpresa de Charny se había convertido en estupor, y bien pronto iba á pasar del estupor á otra emoción mucho más dolorosa. ¿ Qué iba á hacer la reina en el parque á una hora tan avanzada? ¿ Qué iba á hacer allí aquel hombre? ¿ Por qué aquel hombre había aguardado oculto? ¿ Por qué la reina había enviado á buscarle por su compañera en vez de ir ella misma?

Charny estuvo á punto de perder la razón. Sin embargo, recordó que la reina se ocupaba de política misteriosa, y que á menudo anudaba sus relaciones con las cortes alemanas, relaciones de que el rey estaba celoso y que prohibía severamente.

Quizás aquel caballero misterioso era un correo de Schœnbrunn ó de Berlín, algún gentilhombre portador de un mensaje secreto, una de esas figuras alemanas que Luis XVI no quería ver en Versalles desde que el empera-

dor José II se había tomado la libertad de venir á Francia á hacer un curso de filosofía y política crítica para el uso de su cuñado el rey cristianísimo.

Esa idea, semejante á una venda de hielo aplicada por el médico á una frente ardiendo de calentura, refrescó al pobre Olivier, le devolvió la inteligencia y calmó el delirio de su primera cólera. Por otra parte, la reina conservaba una actitud llena de decoro y hasta de dignidad.

La compañera, colocada á tres pasos, inquieta, atenta, vigilante como las dueñas de Watteau, desconcertaba con su ansiedad complaciente las castas miradas de Charny. Pero es tan peligroso el ser sorprendido en una cita política, como vergonzoso el serlo en citas de amor, y nada se parece tanto á un enamorado como un conspirador, pues ambos llevan igual capa, ambos tienen igual suspicacia de oído, la misma incertidumbre en las piernas.

Charny no tuvo mucho tiempo para profundizar estas reflexiones, pues la acompañante dejó su puesto, interrumpió la conversación, y el caballero hizo un movimiento como para prosternarse; sin duda era despedido después de la audiencia.

Charny se ocultó bien detrás de su árbol, persuadido de que seguramente el grupo, al separarse, iba á pasar en fracciones por junto á él. Retener la respiración y rogar á los gnomos y los silfos que apagasen todos los ecos así de la tierra como del cielo, era lo único que le quedaba que hacer.

En ese momento creyó ver un objeto de un color claro deslizarse á lo largo de la capa real; el caballero se inclinó vivamente hasta el suelo, luego se levantó con respeto, y

fuyó, porque no se podría calificar de otro modo la rapidez de su marcha.

Pero fué detenido en su carrera por la compañera de la reina, que le llamó con un pequeño grito, y, cuando él se paró, le dijo á media voz:

— Aguardad.

Era un caballero muy obediente, porque en el mismo instante se paró y aguardó.

Entonces Charny vió á las dos mujeres pasar cogidas del brazo á dos pasos de su escondite; el aire cortado por el vestido de la reina hizo ondular los tallos de césped casi bajo las manos de Charny, el cual sintió los perfumes que tenía costumbre de adorar en la reina, aquella verbena mezclada con reseda, doble embriaguez para sus sentidos y para su recuerdo.

Las mujeres pasaron y desaparecieron.

Luego, algunos minutos después, llegó el desconocido de quien el joven no se había ocupado durante toda la marcha de la reina hasta la puerta, y besaba con pasión, hasta con frenesí, una rosa fresca y embalsamada, que era seguramente la misma cuya hermosura había notado Charny cuando la reina entrara en el parque, y que hacía un momento había visto caer de las manos de su soberana.

¡Una rosa, un beso en aquella rosa! ¿Se trataba de embajada y de secretos de Estado?

Charny estuvo para volverse loco. Iba ya á lanzarse sobre aquel hombre y arrancarle aquella flor, cuando apareció de nuevo la compañera de la reina, y gritó:

— Venid, monseñor.

Charny creyó que era algún príncipe real, y se apoyó

contra el árbol para no dejarse caer medio muerto sobre el césped.

El desconocido se lanzó del lado de donde venía la voz y desapareció con la dama.

## CAPÍTULO XIV.

## LA MANO DE LA REINA.

Cuando Charny entró en su casa, todo magullado por ese golpe terrible, no halló fuerzas contra la nueva desgracia que le alcanzaba.

Así, la Providencia le había vuelto á llevar á Versalles y le había dado aquel precioso escondite, únicamente para excitar sus celos y mostrarle las huellas de un crimen cometido por la reina en desprecio de toda probidad conyugal, de toda dignidad real, de toda fidelidad de amor.

El hombre recibido de aquel modo en el parque era, á no dudarlo, un nuevo amante. Charny, en la fiebre de la noche, en el delirio de su desesperación, trató en vano de persuadirse que el hombre que había recibido la rosa era un embajador, y que la rosa no era más que una prenda de convenio secreto destinada á reemplazar una carta demasiado expuesta.

Nada pudo prevalecer contra la sospecha. No le quedó al desventurado Olivier más que examinar su conducta

propia y preguntarse por qué había permanecido tan completamente pasivo á la vista de tamaña desgracia.

Con un poco de reflexión nada más fácil que comprender el instinto que le había impuesto aquella pasibilidad.

En las más violentas crisis de la vida, la acción surge momentáneamente del fondo del corazón humano, y ese instinto que da el impulso no es otra cosa en los hombres bien organizados más que una combinación del hábito y de la reflexión llevada á su más alto grado de prontitud y oportunidad. Si Charny no había obrado, era porque no le concernían los negocios de la soberana ; porque mostrando su curiosidad, mostraba su amor ; porque comprometiendo á la reina, se hacía traición á sí propio, y porque la traición recíproca es una mala postura en presencia de los traidores á quienes se quiere convencer.

Si no había obrado, fué porque para acercarse á un hombre honrado con la confianza real, era preciso arriesgarse á entrar en una querrela odiosa, de mal gusto, en una especie de emboscada que la reina no habría perdonado jamás.

En fin, la palabra monseñor lanzada al último por la complaciente compañera, era como la advertencia saludable, aunque algo tardía, que había salvado á Charny desengañándole en lo más fuerte de su furor. ¿Qué habría sido de él si con la espada en mano contra aquel hombre, hubiese oído llamarle monseñor ? ¿ Y qué peso no adquiriría su falta cayendo de tan grande altura ?

Tales fueron los pensamientos que absorbieron á Charny durante toda la noche y la mitad del día siguiente. Una vez dieron las doce, la vigilia no fué ya nada para él, no le quedó más que la espera febril y ardiente de la noche, durante la cual iban quizás á reproducirse otras revelaciones

¡ Con qué ansiedad se colocó el pobre Charny en aquel balcón que se había convertido en su única morada, en el cuadro insalvable de su vida ! Al considerarle bajo aquellos pámpanos tras de los agujeros abiertos en los postigos, porque temía dejar ver que su casa estaba habitada ; al considerarle, decimos, en aquel cuadrilátero de madera y verdura, ¿ no se le habría tomado por uno de esos viejos retratos ocultos bajo las cortinas con que la piadosa solitud de las familias cubre á sus antepasados en las casas antiguas ?

Llegó la noche trayendo á nuestro ardiente centinela los sombríos deseos y los locos pensamientos.

Los ruidos ordinarios le parecieron que tenían nuevas significaciones. Percibió á lo lejos á la reina que atravesaba la galería con algunos hachones delante de ella. Su actitud le pareció pensativa, incierta, muy conmovida con la agitación de la noche.

Poco á poco se fueron apagando aquellas luces del servicio ; el parque, silencioso ya, se llenó de más silencio y frescura. ¿ No se diría que los árboles y las flores, que se fatigan por el día en abrirse para agradar á las miradas y acariciar á los paseantes, trabajaban por la noche cuando nadie las vé ni las toca, en reparar su frescura, su perfume y flexibilidad ? Es porque, en efecto, los árboles y las plantas duermen como nosotros.

Charny había retenido bien la hora de la cita de la reina ; daban las doce.

El corazón de Charny parecía querer salirse del pecho ; y para ahogar sus latidos acelerados y ruidosos, apoyó su pecho sobre la balastrada del balcón, diciéndose : pronto rechinarán los cerrojos y se abrirá la puerta.

Nada turbó el sosiego del parque.

Entonces Charny se admiró de pensar por la primera vez que no suceden los mismos acontecimientos dos días consecutivos; que en aquel amor nada había obligatorio sino el mismo amor, y que debían ser muy imprudentes los que, adquiriendo hábitos tan vehementes, no pudiesen pasar dos días sin verse.

— Secreto aventurado, pensó Charny, cuando anda mezclado con la locura.

— Sí, era una verdad irrecusable; la reina no repetiría el día siguiente la imprudencia de la víspera.

De súbito rechinaron los cerrojos y se abrió la puerta excusada.

Cuando Olivier percibió á las dos mujeres en el mismo traje de la noche precedente, se cubrieron sus mejillas de una palidez mortal.

— ¡ Debe estar bien enamorada ! murmuró.

Las dos damas hicieron la misma maniobra que la víspera, y pasaron apresurando el paso por debajo del balcón de Charny.

Este, como la víspera, saltó así que aquellas estuvieron bastante lejos para no oírle; las siguió ocultándose tras de los árboles algo gruesos, y se juró ser prudente, fuerte é impasible; el no olvidar que él era el súbdito y ella la reina; que él era un hombre, esto es, obligado al respeto, y ella una mujer, es decir, con derecho á exigir miramientos.

Y como desconfiaba de su carácter fogoso é inflamable, arrojó su espada tras de una mata de malvas que rodeaba un castaño de Indias.

Entretanto las dos damas habían llegado al mismo sitio que la víspera; Charny reconoció también como la víspera

á la reina, y ésta se cubrió la frente con su escofieta, mientras que la oficiosa amiga iba á buscar en su escondite al desconocido á quien llamaban monseñor.

— ¿Cuál era aquel escondite? He ahí lo que se preguntaba Charny. En la dirección que tomara la complaciente amiga, estaba la sala de los baños de Apolo, defendida por las altas olmedillas; pero ¿cómo podía el extranjero ocultarse allí? ¿Por dónde entraba?

Charny recordó que de aquel lado del parque había una puertecita como la que abrían las damas para acudir á la cita. Sin duda el desconocido tenía una llave de aquella puerta, y se deslizaba bajo el cobertizo de los baños de Apolo donde aguardaba á que fuesen á buscarle.

Todo estaba arreglado de ese modo; luego, monseñor huía por la misma puerta después de su coloquio con la reina.

Al cabo de algunos minutos, Charny percibió la capa y el sombrero que había distinguido la víspera.

Esta vez el desconocido no se dirigía hacia la reina con la misma reserva respetuosa; iba á grandes pasos, no osando correr; pero, á marchar más ligero, habría corrido.

La reina, arrimada á su grande árbol, se sentó sobre la capa que el nuevo Baleigh extendió para ella; y mientras la vigilante amiga estaba en acecho, el enamorado señor, arrodillándose sobre el musgo, principió á hablar con una rapidez apasionada.

La reina bajaba la cabeza, dominada por una melancolía amorosa. Charny no oía las palabras ni aun del caballero; pero el aire de ellas estaba impregnado de poesía y amor, cada una de sus entonaciones podía traducirse por una protesta ardiente.

La reina no respondía nada. Sin embargo el desconocido redoblaba la caricia de sus discursos, y á veces parecía al miserable Charny que la palabra, envuelta en aquel estre-mecimiento armonioso, iba á resonar inteligible, y que entonces moriría él de rabia y celos; pero, ¡ nada, nada! En el momento en que la voz se aclaraba, un ademán significativo de la compañera en acecho forzaba al apasionado orador á bajar el diapasón de sus elogios.

La reina guardaba un silencio obstinado.

El desconocido, amontonando súplicas sobre súplicas, lo que Charny adivinaba por la vibrante melodía de sus inflexiones, no obtenía más que el dulce consentimiento del silencio, insuficiente favor para los labios ardientes que han principiado á beber el amor.

Pero de súbito, la reina dejó escapar algunas palabras, á lo menos tal debía creerse, palabras muy ahogadas y débiles, porque solo el desconocido pudo oirlas; pero apenas las oyó, cuando en el exceso de su arrobamiento, exclamó de una manera que se le pudo oír:

— ¡ Gracias, gracias, oh mi dulce Majestad! ¡ Conque así, hasta mañana!

La reina ocultó enteramente el rostro, que ya lo tenía bastante oculto.

Charny sintió un sudor glacial, el sudor de la muerte, descender lentamente de sus sienes en pesadas gotas.

El desconocido acababa de ver á la reina alargarle las dos manos, y las cogió entre las suyas estampando en ellas un beso tan largo y tan tierno, que Charny conoció durante aquel beso el dolor de todos los suplicios que la ferocidad humana ha robado á las furias infernales.

Desde aquel beso, la reina se levantó con viveza y se cogió del brazo de su compañera.

Ambas huyeron pasando como la víspera cerca de Charny.

Huyendo el desconocido por su lado, Charny, que no había podido separarse del punto en que le tenía encadenado la postración de su dolor indecible, percibió vagamente el ruido simultáneo de dos puertas que se cerraban.

No trataremos de pintar la situación en que se halló Charny después de ese horrible descubrimiento.

Pasó la noche corriendo furiosamente por el parque y por las calles de árboles, á las que increpaba con desesperación su criminal complicidad. Loco por espacio de algunas horas, no recobró su razón hasta que en su ciega carrera tropezó con la espada que había arrojado para no caer en la tentación de servirse de ella.

Aquella hoja que embarazó sus pies y causó su caída, le devolvió súbitamente el sentimiento de su fuerza y dignidad. Un hombre que siente una espada en su mano, si está aun loco, no puede menos de atravesarse con ella ó atravesar á quien le ha ofendido; ya no tiene el derecho de ser débil ni de tener miedo.

Charny volvió á ser lo que siempre, un espíritu sólido, un cuerpo vigoroso. Cesó en las carreras iusensatas en que andaba tropezando con los árboles, y se dirigió silencioso á la calle de árboles surcada aun por los pasos de las dos mujeres y del desconocido.

Fué á visitar el sitio en que se había sentado la reina; los musgos, calcados aun, revelaban á Charny su desgracia y la felicidad de otro! En lugar de gemir, en vez de dejar los humos de la cólera subírsele de nuevo á la cabeza, Olivier se puso á reflexionar sobre la naturaleza de aquel amor oculto, y sobre la calidad de la persona que lo inspiraba.

Fué á explorar los pasos de aquel señor con la fría atención con que habría examinado las huellas de un animal feroz; reconoció la puerta detrás de los baños de Apolo, y trepando á la albardilla de la pared, vió pisadas de caballo y mucho estrago en la yerba.

— ¡Viene por allí! ¡Viene no de Versalles sino de París! pensó Olivier. Viene solo, y volverá mañana, puesto que le han dicho: Hasta mañana.

Hasta mañana devoremos en silencio, no ya las lágrimas que corren de mis ojos, sino la sangre que sale á borbotones de mi corazón.

Mañana será el último día de mi vida, de lo contrario soy un cobarde y no he amado jamás.

— Vamos, vamos, añadió golpeándose suavemente el corazón como el jinete golpea el cuello de su corcel que se desboca; vamos, ¡calma! fuerza, puesto que aun no está terminada la prueba!

Dicho esto, echó la última mirada en torno suyo, y separó la vista del palacio temiendo ver iluminado el balcón de la pérfida reina, porque aquella luz habría sido un engaño, una mancha más.

En efecto, el balcón alumbrado ¿no significa un aposento habitado? ¿Y por qué mentir así cuando uno tiene el derecho del impudor y de la deshonra, cuando tan poca distancia hay entre el oprobio oculto y el escándalo público?

El balcón de la reina estaba iluminado.

— ¡Hacer creer que está en su cuarto cuando anda corriendo por el parque en compañía de su amante! En verdad, esa es una castidad bien inútil, se dijo Charny recalando estas palabras con amarga ironía.

— Es demasiado buena esa reina en disimular de ese

modo con nosotros; verdad es que acaso temerá disgustar á su marido.

Desgarróse Charny el pecho con las uñas, tomó con mesurado paso el camino de su casa, y prosiguiendo en su monólogo, después de haber subido al balcón añadió:

— Dijeron: hasta mañana... ¡Sí, hasta mañana!... Y, esa mañana nos hallará allí á todos pues acudiremos cuatro á la cita, señora.

## CAPÍTULO XV.

### MUJER Y REINA.

Reprodujéronse al día siguiente las mismas peripecias. Abrióse la puerta al sonar la última campanada de las doce, y entraron en el parque las dos mujeres.

Erase como en el cuento árabe: los genios obedecían con asiduidad á los talismanes que obraban á horas fijas.

Charny había trazado resueltamente su plan; quería saber aquella noche quién era el personaje á quien la reina favorecía.

Fiel á sus costumbres, á pesar de no ser inveteradas, se deslizó ocultándose á favor de la espesura; pero cuando hubo llegado al sitio en que hacía dos días tenían la entrevista los dos amantes, no halló á nadie en él.

La compañera de la reina dirigía á S. M. hacia los baños de Apolo.

Una ansiedad horrible, un sufrimiento cruel y nuevo, anonadó á Charny, en cuya alma jamás cupo imaginar que el crimen pudiera llegar á tal punto.

Sonriendo y cuchicheando se dirigió la reina hasta el sombrío asilo, en cuyo umbral le aguardaba el desconocido hidalgo con los brazos abiertos.

Entró la reina, tendió los brazos también y la pesada verja de hierro se cerró tras ella.

La cómplice se quedó fuera del obscuro recinto apoyada en una columna ruinoso cubierta de musgo y follaje.

Charny no había calculado que sus fuerzas debieran resistir semejante choque, y en el momento en que frenético de ira, quiso precipitarse sobre la confidenta de la reina para quitarle la mascarilla, reconocerla, injuriarla y acabar con ella tal vez, afluyó la sangre como un torrente á sus sienes y garganta y le cortó la respiración. El infeliz cayó en el césped exhalando un suspiro imperceptible, suspiro que por un momento turbó la tranquilidad del centinela colocado en la puerta de los Baños de Apolo.

Una hemorragia interior causada por su herida, que de nuevo se había abierto, le ahogaba.

El frío del rocío, la humedad de la tierra, y la punzante impresión del dolor mismo, devolvieron á Charny la vida.

Levantóse tambaleando, reconoció los sitios, quiso darse cuenta de su situación, recordó y buscó.

El centinela había desaparecido; no se oía el menor rumor, y un reloj de Versalles que dió las dos, le reveló que su desmayo había sido muy largo.

Sin que cupiera la menor duda, la visión había debido

desaparecer: reina, camarista y amante tuvieron tiempo de huir, y Charny pudo convencerse de ello, viendo desde lo alto de la pared las recientes huellas que estampó en el húmedo pavimento el caballo del desconocido.

Estos vestigios y algunas quebradas ramas en los alrededores de la verja de los Baños de Apolo, eran pruebas de convicción para el infeliz Charny.

La noche fué un prolongado delirio, y amaneció y transcurrió la mañana sin que Olivier se hubiera calmado.

Pálido como la muerte, y cual si diez años hubiesen pasado por él, llamó á su ayuda de cámara y vistió un traje de terciopelo negro, como un hombre del pueblo acomodado.

Sombrio, mudo, y concentrando en su corazón sus tormentos, encaminóse hacia el palacio de Triánón en el momento que acababa de relevarse la guardia; es decir á cosa de las diez.

La reina salía de la capilla, después de haber oído la misa.

Á su paso se bajaban respetuosamente las cabezas y las espadas.

Charny notó que algunas mujeres manifestaban en sus rostros el mayor despecho, reconociendo que la reina era hermosa.

Si... lo era con sus lindos cabellos á la chinesca; lo era con sus facciones delicadas, con sus labios asiento de sin par sonrisa, y con sus ojerosos ojos, en los que brillaba el fuego de la dulzura.

De pronto apercibió S. M. á Charny, ruborizóse y dió un grito de sorpresa.

El joven no bajó la cabeza, y prosiguió mirando á la rei-

na, la cual leyó en los ojos de aquél una nueva desgracia. María Antonieta se fué á su encuentro y le dijo severamente:

— Creí que estabais en vuestras haciendas, monsieur de Charny.

— He regresado ya, señora, contestó Charny con laconismo que tenía ribetes de grosería.

La reina para quien nada pasaba desapercibido se paró atónita y después de aquellas miradas y palabras casi hostiles, volvió la cabeza con dirección al punto en que se hallaban sus damas, y con un gesto familiar y acento de amabilidad dijo:

— Bien venida, condesa de La Motte.

Charny se estremeció, y miró con mayor atención.

Inquieta Juana viéndose objeto de examen, volvió la cabeza.

Charny la siguió como hubiera hecho un loco hasta que logró ver su rostro por segunda vez, y luego trató de estudiar cuidadosamente su porte.

La reina, sin dejar de notar el juego de los dos observadores, saludó á derecha é izquierda con afable semblante y se dijo entre sí:

— ¿Habrá perdido el juicio? ¡Pobre muchacho!

Compasiva María Antonieta, dirigióse de nuevo á Olivier y le preguntó cariñosamente:

— ¿Cómo os sentís de salud, señor de Charny?

— Muy bien, señora: más no tanto como V. M.

Dicho esto se inclinó de modo que asustó más á la reina entonces, que la había sorprendido antes.

— Algo hay, murmuró Juana.

— ¿Dónde residís ahora? prosiguió la reina.

— En Versalles, señora, dijo Olivier.

— ¿Desde cuándo?

— Desde hace tres noches, contestó el joven realizando las palabras, y acompañándolas con expresiva mirada.

Ninguna emoción reveló el agraciado rostro de la reina. Juana se estremeció.

— ¿Tenéis algo que decirme? preguntó la reina con angelical dulzura.

— ¡Oh! señora, repuso Charny, tendría que decir demasiadas cosas á V. M.

— ¡Seguidme! exclamó con viveza la reina.

— ¡Alerta! pensó Juana.

La reina se dirigió con azorado paso á los aposentos de palacio y todos la siguieron con no menor agitación. Lo que pareció providencial á madama de La Motte, fué que María Antonieta, para evitar toda apariencia de cita, invitó á varias personas á que la siguieran.

Con estas personas se deslizó Juana.

Llegado que hubo la reina á su antecámara despidió á madama de Misery y á toda su servidumbre.

El tiempo era blando y el cielo estaba encapotado; el sol no se abría paso por entre las nubes, pero dejaba filtrar su calor y su luz al través de aquellas blancas y azuladas brumas.

Abrió la reina la ventana que daba á una pequeña plataforma; sentóse enfrente de su chinero y aguardó.

Las personas que la habían seguido comprendieron su deseo de estar sola y se alejaron poco á poco.

Impaciente, devorado por la cólera, estrujaba Charny el sombrero entre sus manos.

— ¡Hablad, hablad! dijo la reina; ¿muy turbado pareceis estar, caballero?

— ¿Cómo empezaré? decía en alta voz Charny obedeciendo á su pensamiento; ¿cómo osaré jamás acusar el honor y la fe de la majestad?

— ¿Qué decís? exclamó María Antonieta volviéndose con presteza y lanzando al joven una mirada de fuego.

— ¡Y no obstante, no diré más que lo que ví! prosiguió Olivier.

La reina se levantó

— Caballero, dijo con frialdad, muy temprano es para que suponga que estáis ebrio, y sin embargo vuestro tanteo concuerda mal con no haber almorzado.

María Antonieta esperaba verle anonadado por ese despreciativo apóstrofe, pero Charny permaneció impassible y dijo:

— ¿En resumen, qué es una reina? Una mujer, ¿y yo qué soy? aunque súbdito, un hombre!

— ¡Caballero!

— Señora, no enredemos lo que tengo que decirnos dando suelta á un enojo que tendría por término la locura. Creo haber probado que respetaba cual nadie la majestad real, y temo haber probado también que amaba con insensatez á la persona de la reina. En vista de esto, escoged, señora; á cuál de las dos queréis que ese adorador lance una acusación de oprobio y de falta de lealtad: ¿á la mujer ó á la reina?

— Señor de Charny, exclamó la reina palideciendo y dando algunos pasos hacia al joven, si no salís de aquí, haré que mis guardias os echen ignominiosamente.

— Voy pues á decirnos, antes de ser echado, que sois una reina indigna y una mujer sin honor; exclamó Char-

ny ebrio de furor. ¡ Ha tres noches que os sigo en el parque!

Charny creyó que la reina, después de tan terrible golpe, estallaría en frenético arrebato, mas ésta irguió la frente, se acercó al joven y le dijo cogiéndole la mano:

— Señor de Charny, estáis en un estado que me inspira compasión; vuestros ojos chispean, vuestra mano tiembla, vuestras mejillas están cadavéricas, toda vuestra sangre afluye al corazón. Padeceis de veras. ¿Queréis que llame?

— ¡ Os ví, os ví! repitió con frialdad Olivier; os ví con aquel hombre, cuando le disteis la rosa, os ví cuando os besó las manos, os ví cuando entrasteis con él en los Baños de Apolo.

La reina se pasó la mano por la frente como para cerciorarse de que no estaba durmiendo y luego repuso:

— Vaya, sentaos, porque vais á caer sino lo impido; sentaos, sentaos.

Charny se dejó caer, con efecto, en un sillón; sentóse á su lado la reina y luego cogiéndole ambas manos, y mirándole con ojos que penetrar querían hasta lo más recóndito del alma de Olivier añadió:

— Calmaos, apacigüad corazón y cabeza, y repetid lo que acabáis de decirme.

— ¡ Oh! ¡ vos queréis matarme! murmuró el desdichado.

— Dejad que os pregunte. ¿ Desde cuándo regresasteis de vuestras haciendas?

— Hace quince días.

— ¿ Dónde residís?

— En la casa del montero, que alquilé de intento.

— ¡ Ah! ya sé, ¿ en la casa del suicidio, situada en los confines del parque?

Charny afirmó con la cabeza.

— ¿ Decís que iba conmigo una persona?

— Digo ante todo que os ví á vos.

— ¿ Dónde?

— En el parque.

— ¿ Á qué hora y qué día?

— El martes á medianoche, por primera vez.

— ¿ Y me visteis?

— Como os veo ahora, y ví también á la que os acompañaba.

— ¿ Conoceríais á esa persona?

— No ha mucho, me pareció haberla visto aquí, pero no lo juraría, pues sólo puedo juzgar por el porte, en vista de que el rostro se recata siempre, cuando se perpetran crímenes.

— ¡ Bien! dijo con serenidad la reina; no conocisteis á mi compañera, pero á mí...

— ¡ Oh! á vos, señora, os ví... ¿ dudáis de que os veo ahora?...

La reina hizo un ademán de impaciencia y dijo:

— Y... ese compañero, á quien dí una rosa... porque, según decís, me visteis dar una rosa, ¿ no es cierto?

— Sí, mas no me ha sido posible seguir las huellas al afortunado hidalgo.

— No obstante, decid, ¿ le conocéis?

— Todo lo que sé es que le llamaban Monseñor.

Exasperada María Antonieta se dió una palmada en la frente con expresión de concentrado furor y continuó diciendo:

— Proseguid ; el martes dí una rosa... ¿ y el miércoles ?...

— El miércoles disteis á besar ambas manos.

— ¡ Oh ! murmuró la reina mordiéndose los dedos... ¿ En fin, qué hice el jueves, es decir ayer ?

— Ayer pasasteis hora y media con aquel hombre en la gruta de Apolo, donde vuestra compañera os dejó solos.

La reina se levantó impetuosamente, y exclamó fuera de sí recalcando en cada sílaba :

— ¿ Y... vos... me... visteis ?

Charny levantó una mano en actitud de jurar.

— ¡ Oh ! ¡ Lo jura !.. exclamó con hondo acento la reina, dejándose llevar del enojo.

Olivier repitió solemnemente su ademán acusador.

— ¿ Á mí, á mí ? dijo la reina llevando por dos veces la mano al pecho. ¿ Me visteis á mí ?

— Sí, á vos ; el martes llevabais el vestido verde de rayas ; el miércoles el de ramajes azules y color de hierro ; y ayer, ayer el de color de hoja seca ; el mismo que tenlais puesto el día en que por la vez primera os besé la mano ! ¡ Oh, no cabe duda, erais vos, vos misma ! ¡ Y aunque me mate el pesar y la vergüenza, no puedo menos de deciros, señora, que juro por mi vida, por mi honor y por mi Dios que... que os ví en el parque !

Salió la reina á la plataforma y se estuvo durante algunos momentos andando por ella con agitación, sin curarse de los numerosos espectadores que la estaban observando, con devoradores ojos, desde abajo.

— Si yo jurara, dijo... Si jurase yo también por mi hijo y por mi Dios !... ¡ No, no me cree !... ¡ No me creería !

Charny bajó la cabeza.

— ¡ Insensato ! añadió la reina sacudiéndole la mano con fuerza y arrastrándole de la plataforma al interior del aposento. ¡ Insensato ! ¿ Tan grande es la voluptuosidad de que se goza en acusar una mujer inocente, irreprochable ? ¿ Tan deslumbradora proeza es la de deshonorar á una reina ?.. ¿ Me creerás si te digo que la persona que visteis no era yo ? ¿ Me creerás si te juro sobre un crucifijo que de tres días acá no he salido de mi cámara después de las cuatro de la tarde ? ¿ Quieres que te haga probar por mis damas y por el rey, que me ha visto aquí estos tres días, que yo no podía estar en otra parte ? ¡ No... no... no me cree ! ¡ no me cree !

— ¡ VÍ ! repuso con glacial acento Charny.

— ¡ Oh ! exclamó de pronto la reina, ya caigo, ya caigo. ¿ Acaso no se me calumnió ya de un modo semejante en mi propia cara ? ¿ No se dijo que se me había visto en el baile de la Ópera, escandalizando á la corte ? ¿ No se dijo también que se me había visto en casa de Mesmer, sumida en éxtasis magnético y escandalizando á los curiosos y á las mujeres perdidas ?.. Harto lo sabéis vos... vos que os batis-teis por mí !..

— Señora, en aquella época me batí porque no lo creía ; hoy me batiría porque lo creo.

Levantó la reina las manos al cielo en ademán de cruel desesperación, y dos lágrimas abrasadoras rodaron de sus mejillas á su seno.

— ¡ Dios mío ! exclamó luego, inspiradme una idea que me salve. ¡ Oh, Dios de bondad, no queráis que éste me desprece !

Sintióse Charny conmovido en lo más hondo del corazón,

por esta súplica sencilla y sincera, y ocultó su rostro entre sus manos.

Permaneció la reina en silencio durante algunos segundos, y después de haber reflexionado, dijo :

— Caballero, me debéis una reparación y vais á saber la que de vos exijo. Decís que por espacio de tres noches consecutivas me habeis visto en el parque en compañía de un hombre, y esto á pesar de que sabíais que se abusó de lo que se me parece en rostro y porte, una mujer á quien no énozco ; más puesto que preferís creer que era yo la que así andaba fuera de palacio trasnochando ; puesto que vos sostendríais constantemente que soy yo, volved al parque á la misma hora, y volved conmigo ; si la que visteis ayer era yo, no la volveréis á ver hoy estando yo á vuestro lado ; y si era otra mujer, ¿ qué inconveniente puede haber en que la veamos juntos ? ¡ Oh ! si la vemos... Decid, caballero, no sentiréis entonces haberme hecho sufrir todos los horribles tormentos que acabo de padecer ?

Llevó Charny ambas manos al corazón y murmuró :

— Hacéis demasiado pormí, señora ; merezco la muerte, lo sé ; más no me anonadéis con vuestra bondad.

— ¡ Oh ! os anonadaré con pruebas, dijo la reina. Ni una palabra digáis de lo ocurrido. Aguardad esta noche á las diez en la puerta del venadero ; allí sabréis lo que haya decidido para convenceros. Id con Dios, caballero, y que nada se trasluzca.

Charny se arrodilló sin decir una sola palabra, y salió de la real cámara.

En el extremo del segundo salón pasó involuntariamente Olivier rozando con el vestido de Juana ; ésta

no le quitó ojo hasta que le vió trasponer las puertas del palacio, y estuvo pronta para entrar con toda la corte en el aposento de Su Majestad, así que la reina llamó.

FIN DEL TOMO TERCERO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1626 MONTERREY, MEXICO